

CALIDA, FRIVOLA Y ESPERANZADORA NAVIDAD



Otra Navidad. Setecientas cincuenta y dos Navidades ya junto al nacimiento que Francisco de Asís bendijo la Nochebuena de 1223, allá en una cueva de las proximidades de su convento en Monte Colombo.

Vuelve nuevamente, en una fluorescente explosión de luz, de publicidad, de aguinaldos, de christmas y villancicos, la época de los buenos deseos, de los propósitos de iniciar una vida más humana con el año entrante.

Está aquí, como una repetida y desaprovechada oportunidad que generalmente se nos brinda cada doce meses, la "Navidad que con dulce cantar recuerdan las almas que saben amar".

Un acoso intimidante y violento de la sociedad de consumo, una borrachera de compras, un ligero alto en las tareas habituales, una paga fuera de lo ordinario que se queda extraordinariamente pequeña, una copiosa lluvia de sanas y estereotipadas intenciones, una catarata de "felices pascuas", docenas de "charters" que toman tierra y depositan sobre las pistas de nuestros aeropuertos centenares de beldades nórdicas, dispuestas y expuestas para un fin de año en bikini, para unas cálidas navidades, mientras Europa tiritita de frío y todo eso del tópico consuetudinario...

UN SENTIDO EMPEQUEÑECIDO

¿Es esto nuestra Navidad? No. Claro que no. Todavía hay que agregar los torneos benéficos de fútbol, las cuestaciones de una sociedad incapaz de atender a sus compromisos sociales básicos sin

necesidad de recurrir insistentemente a la caridad pública, y el sorteo de lotería del 22, con siete mil quinientas por cada peseta. Y para los "rascaos", el gordo de la víspera de Reyes está mejor nutrido aún: ocho mil pesetas por cada rubia..., o sea, por cada moneda de a peseta, para más precisar y alejar eróticos equívocos, que en tal cuestión nunca hay fría Navidad y sí esa perenne primavera que la sangre altera y etc.

¿Queda todo ahí? ¿Trae la incitadora publicidad todo el contenido de estas fiestas? Parece como si nos halláramos prisioneros de una maraña tejida para mercantilizar el auténtico sentido y la verdadera dimensión de la Navidad, originariamente concebida como celebración para el recogimiento familiar, la alegría íntima de sentirse vivo y perfeccionable.

SENCILLEZ Y TRADICION

Por fortuna, la desnaturalización de la Pascua no es muy acusada en nuestros pueblos isleños. Prescindiendo de actitudes más o menos espiritualizadas, todavía es fácil encontrar hermosos y sencillísimos nacimientos de cartón regados ópticamente por ríos de platina sacada de cajas de cigarrillos extranjeros. Y panderos de elaboración casera, a base de pellejo de baifo; y frangollo hecho, al igual que en tiempos de nuestras tatarabuelas, con rollón fino, leche de cabra y azúcar; también se pueden degustar las truchas de batata y el bienmesabe, regado con guindilla,

mejunge y... anís para las señoras, que no se sube tanto a la cabeza.

En los pueblos del interior de las islas no ha calado la recién importada costumbre del árbol de Navidad. Sin embargo, en la capital, son innumerables los casos de familias canarias, que se hacen traer de Escandinavia su pequeño abeto, por aquello del contagio turístico, las apariencias, el "snobismo" y el porqué tú y yo no.

LO SUPERFLUO IMPRESCINDIBLE

Sumergidos en toda esta paja de cosas superfluas que se elevan a la "categoría" de adorno imprescindible, no resulta fácil para muchos captar el mensaje que, teniendo por antena una estrella con cola, intenta otro año ponerse en nuestra sintonía para decir: "Aquí Radio Belen. Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

El llamamiento a la fraternidad, a la convivencia, a la tolerancia, corre con el riesgo de quedarse, en su edición 1975, en predicación del desierto, si no se produce, al fin, el milagro ("milagroso milagro") de que los rectores de las sociedades humanas caigan en la cuenta de que los intereses que vienen moviendo a las comunidades realmente no tienen nada que ver con el destino del hombre y, por lo tanto, con lo único que debería importarles.

CRUZ GONZALEZ